trofia precoz, la muerte prematura, ó para decirlo en una sola palabra: el pauperismo.

Después de esta contemplación ¿creemos acaso haberle conocido suficientemente? ¡No, señores! Hasta aquí no hemos visto más que su silueta de parca. Es preciso acercarnos más....¡más....! aunque el vaho rojizo del báratro caldée nuestro rostro, como el de Dante asomado al infierno.....¡Acerquémonos....! ¡Qué horrible cuadro! El cadáver del obrero asesinado por el vino, y en torno de él la paz armada y la usura semítica como chacales hambrientos que le devoran las entrañas.

Al retirarse el mundo del Evangelio, al volver al egoismo estoico y á la lubricidad epicúrea, el dinero de Israel vino á ocupar el trono de Dios en el mundo. El judío ha buscado en la acumulación del sudor ajeno, la venganza de su ostracismo. Extranjero para la humanidad en todas partes, se ha vengado de su proscripción política y moral, desterrando á la humanidad al desierto del hambre. El ha creado esta sed de oro, esta hidropesía del capital; él ha borrado del corazón del hombre moderno aquel grande y amoroso precepto de Jesucristo: "Buscad primero el reino de Dios." El ha hecho del ciudadano actual un troquel de monedas, y del rico pagano, una roca de oro insensible á las olas de lágrimas que se estrellan en su base; él ha ahogado la caridad en la náusea volcánica de su gula de riqueza. El objeto único del hombre presente, el solo delirio de su fiebre, es el oro. Ahí están los orgasmos del placer, ahí los aplausos del orgullo, ahí el objeto de la existencia, ahí el término y fin de la miseria humana.

¡Ah, señores! visitad Nueva York, París, Londres, Chicago, algunas de esas grandes pastorías en que el becerro de oro brama vorazmente. Visitad sus bancos, sus casas bursátiles, sus fábricas, su comercio; deteneos en los centros principales; observad esa multitud de hombres que caminan precipitadamente en todas direcciones, aquilatando los segundos, sin reparar en nada de cuanto hay á sus lados, exasperándose ante el más leve obstáculo que hallan en su marcha. ¿A dónde van? ¡Qué felicidad es esa que se les escapa, que se evapora, hacia la cual se tienden otros miles de brazos para arrebatarla, para robársela á quien tarde un minuto más! A los negocios; al oro. ¿Y esos hombres tienen una alma? ¿Y esa alma ha de vivir eternamente? ¡eternamente.....! ¿Y la felicidad de esa eternidad se compra aquí, en el tiempo, y se compra sin

oro, y es cosa lejana y hasta enemiga de ese oro? ¡Ah señores! Yo he sentido en mi espíritu un frío de terciana, cuando he contemplado en aquellos centros, cuando he presenciado en aquellas avenidas el trajín estruendoso de esos millones de máquinas humanas, en que corrió el agua del bautismo, y la sangre adorable de nuestro Redentor. Yo he sentido atravesado mi corazón por la nostalgia de las catacumbas, y le he preguntado á esa multitud, al través de una lágrima del Calvario: ¿y eres tú el mundo redimido? cuando el banquero judío enciende el tabaco de una bailarina en la flama de un "check" de quinientas libras, mientras el pobre á su puerta envidia las migajas de sus mastines ¿se ha apagado en el corazón de la humanidad la parábola del rico avariento?

Pues la usura es el vampiro que se abalanza al industrial, y éste para darle carne, la desgaja de los lomos y de los brazos del operario. Queda así establecida una bomba aspirante, que partiendo de la arteria aorta del trabajador, acaba en la arteria aorta del usurero. Y como si esto no fuera suficiente, hay una transfusión más, que lleva la sangre del cerebro anémico del trabajador á las venas del Estado.

Abolida la caridad, lejano el Evangelio, el egoísmo y la rivalidad pasan del individuo á las familias, de las familias á la sociedad, y de la sociedad á las naciones. Cada una de ellas es una rival para la otra. No existe ya el padre de todas, el patriarca de la familia humanidad, que dirima las controversias, que concilie los intereses, que cumpla las justicias. El Papa ha desaparecido del Derecho de Gentes. Hoy no queda más que la fuerza bruta. Ella será la ley, el juez y el verdugo. Es preciso, por lo tanto, que cada nación se arme hasta los dientes, que cada país se convierta en un buque de guerra, y para ello fuerza es sacar del sudor del obrero el enorme presupuesto de la Europa armada.

Juzgad del estrago por las cifras:

PORTUGAL: cuatro divisiones con 32,625 hombres, pie de paz; 150,000, pie de guerra; 46 buques con 154 piezas de artillería.

ESPAÑA: sostiene siete cuerpos de ejército con 100,370 hombres en pie de paz, y 608,000 en pie de guerra; y 119 buques artillados con 848 piezas.

FRANCIA: 19 cuerpos de ejército, con 572,000 hombres,

en la paz, y 4.053,000, en pie de guerra: 403 buques, 3,229 piezas de artillería, 87,188 hombres de tripulación.

ITALIA: 12 cuerpos de ejército, 178,155 hombres, en pie de paz; 2.005,000, en pie de guerra; 275 buques artillados con 2,030 piezas y tripulados por 70,532 hombres.

AUSTRIA-HUNGRIA: 15 cuerpos con 339,320 soldados en tiempo de paz; 1.872,000, en pie de guerra; 122 buques con 727 piezas y 11,980 hombres de tripulación.

ALEMANIA: 20 cuerpos de ejército con 579,551 hombres en pie de paz; 5.000,000, en pie de guerra; 212 buques con 1,460 cañones y 20,249 tripulantes en tiempo de paz.

INGLATERRA: 237,750 hombres, con 1,380 piezas, 147,165 milicia, con 1,176 cañones; 260,763 voluntarios; con 316 piezas; 146,648 indios, con 528 cañones; total: 792,000 hombres de ejército en pie de paz, 695 buques con 6,341 cañones y 100,520 tripulantes, igualmente en tiempo de paz.

RUSIA: 21 cuerpos de ejército con 868,700 hombres en tiempo de paz, y 2.567,000 en tiempo de guerra; 3,434 piezas de artillería y 286 buques con 1,787 cañones.

TURQUÍA: pie de guerra, 800,000 hombres, y 140 buques.

Excuso enumerar los Estados de menor importancia.

Pues bien, señores, todo ese enorme contingente de guerra está pesando sobre las clases trabajadoras de Europa; todo ese inconmensurable cetáceo de la muerte y del odio, está alimentado con los glóbulos rojos del obrero y del agricultor; toda esa armada que fatiga y revuelve, y hace espumar el océano, navega económicamente en el sudor y las lágrimas de los desheredados de Europa. Hé ahí el pauperismo. Y si todavía anheláis conocerlo mejor, hacinad sobre todo eso, la tremenda armada de la desmoralización pública, el café cantante, el teatro corruptor, la novela nauseabunda, el periódico infame, con su séquito de escândalo, de pornografía y de "Chantage;" y para coronamiento y remate, agregad el "panamismo," es decir, la mala fe en todos los negocios, la estafa de oficina, la estafa ministerial, la estafa parlamentaria, la estafa bursátil, el prevaricato, el cohecho, el peculado, el latrocinio universal, el vómito inmenso de cieno que sale de las entrañas de la humanidad, y ennegreciendo su conciencia y su nombre corre á inundar los ámbitos de la tierra.

Acompañad á ese pauperismo la sublevación contra todo principio de autoridad, esto es, el ateísmo; y el número como justificación del hecho, la fuerza brutal, la ley de la multitud, esto es, el democratismo, y habremos conocido la anarquía, el gran problema, el resumen de todo el terror presente, el cataclismo de mañana, el caos de lo porvenir. Ese es el abismo, ese el monstruo, ese el vengador.

Ahora bien, señores: ¿qué ha hecho el Estado, qué la ley, qué la ciencia para cegar ese abismo, para dar muerte á ese monstruo?

El Estado ha urdido la complicidad más horrenda entre el sable y la usura. La ley tiene miedo. Atrojada por sus complacencias de ayer, entumecida, por su conciencia de complicidad, no se atreve á arrojar la primera piedra, y sucede, que en vez de herir al monstruo en el cerebro, no hace más que clavarle aguijones que lo irritan y enfurecen.

Y la ciencia, el Mesías anunciado por los profetas del racionalismo ¿ha triunfado de la bestia? Pues la ciencia, señores, ha hecho completa bancarrota. Os lo demostraré brevemente.

Para desterrar el pauperismo, la ciencia económica creó las "Sociedades de socorros mutuos," las "Cajas de ahorros para la ancianidad;" las "Cajas de seguros contra incendio," las "Cajas de Seguros sobre la vida," todas las instituciones que comprende esta idea, la "Previsión;" y después del pleno desarrollo de esas creaciones, el pauperismo siguió aumentando triunfalmente su aterrador volumen. Entonces crió la ciencia las "Cajas de Economía," los llamados "Montes de Piedad," las "Cajas de Seguros del Estado," la Organización del trabajo industrial, la Previsión obligatoria, el Seguro Mixto, la Hipoteca personal, los Bancos populares, la Participación en los beneficios industriales, las Asociaciones Cooperativas, las Loterías de la Caja Nacional de previsión;" y después de estos y otros innumerables arbitrios, sistemas y combinaciones económicas, el pauperismo siguió y sigue victoriosamente su marcha. La ciencia, pues, se ha cruzado de brazos. ¿Será, por ventura, que la ciencia es uno de tantos idiotas erigidos por la impiedad en ídolos de las multitudes ignaras? No, señores, la ciencia es una ráfaga de la sabiduría beatífica, es una misericordiosa participación al hombre de la divina presencia en las causas de los fenómenos; y la ciencia, leal es confesarlo, ha cumplido como buena, ha luchado heroicamente, mas el peso que se le dió á levantar, es superior á la potencia de sus músculos; el conflicto sobre que ha recaído su dictamen sobrepasa con mucho del circuito que está bajo su jurisdicción. De aquí su ineficacia, de aquí

su perplejidad.

En medio de tan universal ausencia de energías y de resistencias, de tan universal trastorno de proyectos, cuando ante el cataclismo y el terror social el Estado bambolea, la ley se acobarda y la ciencia se rinde, hé aquí, señores, que aparece una columna invulnerable y luminosa, cual la que guió la peregrinación mosaica al través del desierto. Todas las miradas de las naciones se vuelven á ella, todas las esperanzas, cual palomas perseguidas, vuelan á posarse en su cumbre eminente; todas las manos crispadas por la pavura se tienden á ella, á la vez que un grito unánime del género humano resuena en todos los ámbitos del globo, diciendo como un eco del terror de Genesaret: "¡Salva, salva nos quia perimus!" ¡Es León XIII!

El viene caminando sobre las lavas encrespadas, á arrancar de los dedos de Júpiter el airón de vívidos relámpagos; á arrancar de las manos de Eolo las férreas bridas de los huracanes; á repetir, entre los infinitos estruendos de esta borrasca, el "¡Calla, enmudece!" de Jesucristo. El, lanzando sobre la humanidad una de esas miradas que dominan un siglo, que abarcan una época, una de esas miradas que brillaran en la pupila de Gregorio VII, ó de Carlos el Grande, ha desplegado ese magisterio sublime que osaré llamar el "Novisimo Testamento;" porque si con el Nuevo que inspiró el Espíritu Santo se salvó el mundo del caos del paganismo, con éste, dictado también por el Divino Espíritu, se salvará el mundo del tercer caos, el caos del filosofismo.

Por mucho que no lo adviertan observadores superficiales, tengo, señores, por indiscutible, que todo el magisterio de León XIII se dirige en el fondo, á la solución de nuestros problemas sociales; mas aquél en que da forma sintética á todas esas grandiosas enseñanzas, aquél en que sale á atacar al monstruo de frente, aquél en que se plantea en concreto el problema, y en concreto se resuelve, ese monumento de justicia, de sabiduría y de ternura que se llama la encíclica "Rerum Novarum." Ahí están la justicia que le falta al "socialismo," y los derechos que le asisten, la verdadera noción de la propiedad, del trabajo y del sueldo; la nivelación, en fin, de los quicios desplomados

por el forcejeo de intereses y odios, de terrores, desesperaciones y amenazas; ahí están la inocencia que le falta al Estado cómplice, el valor que le falta á la ley pusilánime, el alma que no tiene la ciencia apartada de Dios.

El plantea así el problema, y observad, señores, como observan todos los sabios de ambos mundos, que no falta un solo dato, un solo hecho, una sola relación: "Los aumentos recientes en la industria, dice, los nuevos caminos por donde van las artes, el cambio obrado en las relaciones mutuas de amos y jornaleros, el haberse acumulado las riquezas en unos pocos, y empobrecido la multitud; la mayor opinión que de su propio valer y poder han concebido, la unión más estrecha con que unos á otros se han juntado, y finalmente, la corrupción de las costumbres han hecho estallar la guerra." Y después de plantear así tan magistral, concisa é íntegramente el problema, procede á

la reconstrución de las bases para resolverlo.

Con argumentación nítida y poderosa como el acero, sencilla y trascendental como la verdad evangélica, demuestra que la propiedad es un derecho del trabajo, una necesidad de la naturaleza para la conservación del humano linaje. Toda solución justa y sabia del problema, tenía que comenzar por la propiedad, por el aseguramiento de esa base, sin la cual no podría erigirse el edificio; y después de asegurarla en términos que ha hecho impotente la sofistería de los filósofos socialistas, entra de lleno al examen de las más complexas cuestiones; condena y refuta el inícuo proyecto socialista de sustituir la patria-potestad, la providencia del padre, con la autoridad y administraciún del Estado; y al condenar ese proyecto, que bien merece el nombre de abismo, defiende y asegura la independencia del hogar, la autoridad doméstica anterior á todas, la dignidad paternal, la autonomía del hombre, los vínculos de la familia, y con ellos la soberanía del ser humano, y la raíz y meollo de la patria. Ataca en su germen los delirios del proletarismo, que más le enfurecen en la contienda, los cuales pretenden que sea esta vida terrenal un florón de rosas sin espinas, un paraíso de goce perpetuo y universal; delirios engendrados por el sibaritismo volteriano, que, suprimiendo la vida futura, se empeña en hacer de la tierra el único fin del hombre, y del placer de los sentidos el único objeto de la existencia; sostiene la necesidad de las desigualdades humanas, nacidas del diverso nivel de talentos, ingenio, fuerzas, salud, aptitudes; diferencias creadas

é impuestas por la naturaleza, necesarias para la vida de la sociedad, el provecho del hombre, y el desarrollo de todas las riquezas naturales, y rechaza la necesidad original de antagonismo entre esas diversas aptitudes y categorías, entre el capital y el trabajo. Terminado así el perímetro de las bases, edifica uno por uno los quicios derrumbados. El primero es la restauración de las costumbres cristianas, sin lo cual toda solución es ilusoria; factor de tan grande importancia, que es á su ausencia á lo que debe la economía su derrota en el ataque al pauperismo. Sólo Dios, sí señores, sólo Dios, sólo la fuerza de gravedad de la religión, es capaz de arrancar al hombre enviciado del alcoholismo, causa, como hemos visto, verdaderamente fundamental de la anarquía. De suerte que cuando el Papa invoca aquella salvadora restauración, habla no tanto como un pastor que llama á su grey desde las puertas del cielo, y por el camino de la virtud, sino como un sabio, como un estadista que resuelve un problema público, una cuestión de este mundo. Examínese la exigua joh sí! muy exigua estadística de los redimidos de la embriaguez, y se verá que ni uno solo debe un bien tamaño á los recursos aislados de la ciencia. En uno y otro caso, el honor fuertemente punzado por alguna terrible humillación, ya pública, ya del hogar; y en todos los demás casos la conciencia vigorizada por un poderoso sacudimiento de la gracia, hé aquí los únicos factores de las enmiendas perseverantes, serias y dignas de ese nombre. Mas fuera de ellos, lágrimas del hogar, bancarrotas de fortuna, vicisitudes, súplicas, dolores, propósitos, elíxires y esperanzas, todo, todo se estrella ante esa horrible demencia de la voluntad. Para desterrarla, el Papa introduce la religión como un positivo elemento terapéutico, en cuya colaboración deben entrar la ciencia, el Estado y la lev.

Que se dé al obrero una educación profunda, constante y prácticamente cristiana; que se produzcan con ella en su corazón el amor entrañable á la ley divina, la esperanza de las recompensas eternas, el sentido moral, la ley del deber, la conciencia de las responsabilidades ante Dios, la gravitación hacia el bien, esto es, el odio al vicio; y que vengan en su auxilio la ley y el Estado, persiguiendo los centros de corrupción, castigando eficazmente el incentivo, la ocasión y el hecho, donde quiera que se hallen, como quiera que aparezcan, con toda la energía, la universalidad y la férrea intolerancia que reclama el porvenir del gé-

nero humano. Sí, señores, la restauración del cristianismo práctico, el ataque al programa de Epicuro, he aquí el primer escalón para la salida del abismo.

Mas para combatir un daño tan profundo, un virus que ha subido por la capilaridad de todas las leyes, de todos los sentimientos y de todas las instituciones; para atacar con éxito un paganismo que ha brotado de la carne putrefacta, y de todas las conspiraciones de la materia; para desterrar un cáncer que ha cundido por todo el sistema arterial de nuestra época, es preciso constituir un poder espiritual tan vasto y unido, y ubicado en todos los pueblos, y presente en todas las batallas, y tan superior y universal como no lo vieron nunca los siglos. Acumular todas las fuerzas nacidas cual renuevos divinos en el árbol de la cruz, reunir toda la cristiandad en un solo organismo, borrar las seculares fronteras que levantaron los cismas, llamar á noventa y tres millones de cristianos ausentes de la casa paterna, y constituir así un formidable imperio del espíritu; crear así una irresistible gravitación dogmática, una victoriosa fuerza centrípeta de la verdad, que acabe por dominar esta centrífuga del error, y atraiga y absorba el mundo de la concupiscencia y lo acrisole y purifique en un centro de llamas; tal es la última colosal empresa del gran Pontifice.

¡Oh si alcanza á lograrlo! Si los dias de esa vida preciosa no se extinguen, sino hasta alumbrar toda la grey del Calvario, en torno de una sola cruz, bajo un solo Pastor!¡Oh plegaria de los justos, oh Josué más poderoso que el de los campos de Gabaón, detén ese sol en su zenit, levanta tu ala de arcángel, detenlo con ella y no permitas que baje á su ocaso, sino cuando esta gran batalla termine!

Después de fijar esa primera condición, ese punto cardinal para la solución del problema, el Papa equilibra las justas y verdaderas relaciones entre el capital y el trabajo. El obrero no debe ser el esclavo del propietario. Todo contrato que se haga entre los dos, será "hasta criminal," si no tiene por base un sueldo que satisfaga todas las necesidades del obrero, y le proporcione una modesta economía. Jamás autoridad alguna había tenido el valor de hacer una declaración semejante. Ella es la reivindicación del obrero, la maza de Hércules desplomada sobre la usura industrial, sobre la avaricia del amo, sobre la rapacidad del capital por un brazo que es todo justicia, que no se in-

clina ni desfallece ante los respetos humanos, ante el poderío de los ricos, ante la deidad del oro, como al asegurar la propiedad no se rindió ni ante el número, ni ante la terrorista ferocidad de los proletarios. León XIII, erguido en medio de la tempestad, levantando en una mano los derechos del capital y en la otra los derechos del trabajo; mostrando en una el anatema contra el rico esclavizador, en otra el anatema contra el pobre revolucionario, es la figura sublime de la justicia, pura, santa, valerosa, que ni teme las venganzas silenciosas del oro, ni las atronadoras de la dinamita. Hé ahí lo que solamente en Roma admira el mundo, el prototipo del ideal, el Evangelio que habla, el Vicario de Jesucristo.

El nivela los intereses, llama á la ciencia económica y le da su lugar, tan importante como es, en la solución del problema; aconseja y casi reglamenta asociaciones de socorros, cajas de economías, un verdadero provecto de previsión; atiende á las complexas cuestiones de higiene en las fábricas, horas de trabajo según las diversas industrias, edades y sexos; prohibe la explotación de la niñez en los talleres; señala el debido descanso; predica en radiante sabiduría la subdivisión de la propiedad, en términos de que, condenando el monopolio, pertenezca el mayor número posible de fragmentos al mayor número posible de individuos, y por este camino guía al obrero desde el taller hasta la propiedad; impone al Estado y á las leves todos los deberes encaminados á hacer viable ese conjunto armonioso de recursos, y finalmente, introduce la caridad como factor inevitable para la realización de la empresa. Mas no la impone como una virtud de efectos eventuales, no como una mera excelencia teologal, una de cuyas manifestaciones consiste en socorrer al hambriento, sino que la incrusta, por decirlo así, en el cuerpo del derecho cristiano y del plan económico social. Ninguna filosofía, señores, había imaginado la gran teoría que León XIII en esta augusta enseñanza; teoría, doctrina, en que, no vacilo en decirlo, está resuelto el intrincado problema; doctrina que es realmente el cerebro de la solución, y que triunfará de los tiempos y se impondrá, por mucho que ahora de pronto asuste á los potentados y desagrade á los filósofos. Oigamos, señores, la teoría expuesta de labios mismos del gran Pontífice:

"El principio fundamental de esa doctrina es el siguiente: que se debe distinguir entre la justa posesión del dinero y el uso justo de ese mismo dinero. Poseer algunos

bienes en particular, es como hemos visto poco antes, derecho natural del hombre; y usar de ese derecho cuando se vive en sociedad, no sólo es lícito sino absolutamente necesario. Mas si se pregunta qué uso se debe hacer de esos bienes, la Iglesia, sin titubear, responde: "Cuanto á esto no debe tener el hombre las cosas externas como propias, sino como comunes; es decir, de tal suerte, que fácilmente las comunique con otros cuando éstos las necesiten. Por lo cual, dice, el Apóstol manda á los ricos de este siglo que den y que repartan." Verdad es que á nadie se manda socorrer á otros con lo que para sí ó para los suyos necesita, ni siquiera dar á otros lo que para el debido decoro de su propia persona ha menester, "pues nadie está obligado á vivir de un modo que á su estado no convenga." Pero satisfecha la necesidad, deber nuestro es, de lo que sobra, socorrer á los indigentes. En suma, los que mayor abundancia de bienes han recibido de Dios, va sean esos bienes corporales ó externos, ó espirituales é internos. PARA ESTO LOS HAN RECIBIDO, para que con ellos atiendan á su perfección propia, y al mismo tiempo, como ministro de la Divina Providencia, al provecho de los demás." 1

Veis, señores, cómo el Pontifice distingue en la propiedad dos razones perfectamente separadas, y de naturaleza distintas: la "cosa y sus productos." La primera constituye integramente la propiedad invulnerable, individual, en que no puede tener participio más que su dueño; en tanto que los productos constituyen una semi-propiedad, es decir, un todo en que tiene derecho el propietario, y lo tienen los que no lo son; un todo en que parte por ley natural y civil, pertenece al dueño hasta cierto límite, y parte por la ley divina, por el supremo derecho que es la caridad, pertenece á los indigentes; ley en la cual, agrega el Pontifice, "no tiene derecho á oponerse la ley civil." Y ; á qué indigentes deberá pertenecer esa parte de los productos preferentemente, sino á aquéllos que regaron con su sangre y sudor el árbol cubierto de esos frutos? Hé ahí el germen de solución del problema, hé ahí la admirable conciliación entre los derechos del capital y del trabajo, entre la moral que pide el aseguramiento de la propiedad, y la moral que exige las recompensas del obrero.

Mas después de atacar todos estos aliados de la anar-

¹ Enciclica Rerum Novarum.

quía, por una parte, y por otra los de la usura, quedaba

en pie un esforzado amigo: el democratismo.

La revolución perpetró un atentado sociológico, necesarísimo, es verdad, para el desarrollo de sus intentos; mas de consecuencias desastradas. Desgobernando el orden del perfeccionamiento social, dió á los pueblos la democracia, antes de darles la instrucción. No juzgaré ese atentado desde el punto de vista de las desventuras que ha ocasionado; no lo juzgaré como almácigo de infinitos abusos y desórdenes, insolencias y tiranías irresponsables; pero está fuera de duda, que una vez criados los intereses de la libertad política, frente á los intereses de la conservadora del régimen monárquico, se determinó un conflicto no menos funesto para las conciencias y la paz pública, que favorable para la anarquía. Millones de católicos, así en Europa como en América, no juzgaban ortodoxa su conducta, ni puesta á salvo su fe, sino afiliándose á determinada bandera política. Para la mitad de la Francia, la suerte del trono estaba identificada con la del altar, ignorando, olvidando, no viendo cuánto el primero ha sido traidor para con el segundo, traición permitida por el Divino Autor de los sociedades para enseñar á la Historia que la Iglesia no vive á favor de ninguna fuerza terrestre, que no es parásito de ningún organismo social, que no está sostenida por fundamentos humanos, sino sobre alas de querubines, y que la sombra con que ha amparado á las hechuras de los hombres, jamás la recibe de ninguna grandeza de los tiempos.

Cuánto haya sido funesto ese conflicto, cuánto haya comprometido gravemente los intereses sociales, que más urge poner á salvo, cuánto prometiera de apoyo y combustible al anarquismo, no es ésta ocasión de exponerlo, mas

nadie lo ignora.

Pues bien, ese conflicto ha desaparecido: León XIII le salió al frente, y con energía de santidad, con asombrosa independencia de criterio, con valor, y hasta alguno dijera, con temeridad de sabiduría, dióle un golpe de muerte, al sancionar la democracia francesa, y declarar que toda forma política de gobierno, con tal que sea moral y que no ataque los derechos de la Iglesia, cabe dentro de la esfera del Evangelio. He aquí no sólo deshecho el conflicto, en cuanto tenía de sincero, sino derrumbado el democratismo, esa muralla tras de la cual se parapetó una secta numerosa para combatir á la Iglesia, con el pretexto del dog-

ma republicano; y esa gran obra de León XIII marcará, señores, una nueva época en el sendero político, y por lo tanto, social de los pueblos.

¡Ah, señores, cuando libros voluminosos no han bastado para exponer definitivamente el gran magisterio de
Leon XIII, con particularidad en esta magna encíclica ¿será posible, por esforzado que se suponga el trabajo sintético, encerrar la exposición de ese magisterio, en un discurso angustiosamente limitado por las exigencias de la
tribuna? Casi deploro el haberos traído este asunto, ya que
después de fatigaros encuentro que aun estoy muy distante. Pero los asuntos como el agua, no son comprimibles, y
no debiendo, por otra parte, prolongar más vuestra fatiga,

necesario es ya poner término á este trabajo.

En suma, señores, la sociedad asiste ahora á la horrible iniciación de una catástrofe con que se desenlazará para siempre la infame destitución social de Jesucristo, perpetrada por la revolución. El mundo se crispa de pavura ante el anarquismo que surge. La sociedad que por primera vez en el inmenso curso de la historia oye un grito de muerte para ella, se sobrecoge de terror, casi de demencia, ante el enorme pulpo que, saliendo de un mar de lágrimas, extiende sus tentáculos para estrangularla. Palidece como un muerto la opulencia pagana, esa aristocracia epicúrea, ante el dinamitero que impávido destroza los cráneos y los palacios, é impávido presenta su cuello á la guillotina.

¡Cobarde! ¿Por qué temblar así ante la obra de sus ma-

nos?

Ella que ha visto indiferente la espantosa flagelación de Jesucristo, el ostracismo de la verdad, la esclavitud del Papa, la corrupción del obrero, la clausura de la escuela católica, el dolor de las clases infelices; ella que ha visto sonriente la germinación de todo mal, la invasión de la materia, la sublevación de toda podredumbre; ella, por ley de toda miseria, tenía que ser el pánico grotesco, el grito aflautado, el miedo de mujer á la hora del cataclismo. ¿Quién vendrá á defenderla? ¡quién defiende al cadáver del gusano, ni á la charca del microbio! Se pudrió esa sociedad, como carne muerta, y brotó esa gusanera que hoy hierve sobre las naciones de Europa, ¿quién podrá salvar á esa sociedad que hiede como la llaga, y carcome á su siglo como la lepra?

¿Dios? El puso en sus manos, con posesión puramente administrativa, los bienes. Él le dijo: "Socorre al

pobre, apiádate de toda lágrima por hambre, por sed ó por frío. Amalo, es tu hermano; ámalo, es mi hijo; ámalo, soy Yo. El que te ha dado cuanto tienes, ha nacido entre pajas y entre pastores, para enseñarte que tu Rey es pobre y que á tu Rey debes todo tributo. Antes que la acémila de tu cuadra, debe comer el pobre de tu puerta; antes que llenar la escarcela de oro, debes vaciar tu alforja de pan. Eres el tesorero mío, que el Padre universal designa para repartir entre todos la vida en raciones. Come y participa. Da al César que cuida tu paz, da á Dios que llena tus graneros, da á tu-servidor que labra tus campos.

Llegó Voltaire, habló cuatro epigramas al oído del opulento, y éste rompió en carcajadas ante tales mandatos; y los aventó al Papa diciéndole: "¡ahí tienes tu código!" y volviendo la espalda mandó que comenzara el festín con Voltaire. Se gozó y se bebió en grande. ¡Buen gusto! El vientre harto, la sangre hirviente, la cabeza coronada de rosas, el letargo de Eliseo pesando sobre todos los párpados, el almohadón de damasco soportando en su blandura turgente todas las ebriedades y lasitudes de la carne.

"Señor, decía un ángel de ojos azules, lavados por las lágrimas, frescos y hermosos como el campo cuando el sol sale después de la lluvia: Señor, despierta, estás ahogado en vino, mientras tus hermanos, los hijos de Dios, se mueren de calentura, de hambre; Señor, manda que se les den las migajas que han dejado tus perros. Me envía tu Dios á despertarte; soy la caridad. Soy el ser único, la ciencia única, la única economía, el único ejército que puede salvar al mundo. Me envía tu Dios á besarte la mano con que des pan á los hambrientos, me envía á decirte que asomes la cabeza por tu ventana para ver afuera el hambre que se queja, la desesperación que se retuerce, la tiniebla que apaga la esperanza en la mente del suicida, la demencia de una nueva humanidad que brota de tu despotismo, armada con las grandes fuerzas de la naturaleza para despedazar el mundo."

Y la opulencia siguió bebiendo con Voltaire, y riendo de buena gana. El ángel salió á latigazos.

Cuando el Papa fué insultado y hecho prisionero por un gran audaz, en quien el siglo ensayó sus primeras aventuras, un picaro que les enseñó á los anarquistas que la autoridad es un robo, Napoleón, los reyes y las aristocracias se encogieron de hombros, y haciendo las muecas del cómplice, dijeron á Pío VII: "Compóntelas, Papa, como puedas."

Y desde entonces el capital y la fuerza, los tronos y las aristocracias, han reído alegremente de la fe y de la caridad, de la Iglesia y los pobres.

Negándose á toda obra útil, á todo ideal, á toda protección, amparándose del Evangelio como antiguamente se refugiaba el asesino en el templo para que no le aprehendieran, se consagró exclusivamente á destilar egoísmo en su alambique de oro; y hé aquí que en el refinamiento de tal destilación salió la nitro-glicerina, como inevitable producto químico de aquél.

¡Hé aqui el terror!

No tiembles. Te reiste de los preceptos de Jesucristo y ahora viene Vaillant á decirte desde el patíbulo, que "sólo ellos son capaces de destruir la anarquía;" No quisiste que te besara la mano aquel ángel de los ojos azules v limpios, aquella boca pura, aquella cabeza rociada de lágrimas, y ahora viene el anarquista á aplicarte como á una res el hierro candente sobre la carne cebada. Reiste del Papa cuando caminaba preso á Aviñón, digno, tranquilo, augusto, y ahora se ríe de ti el dinamitero, cuando te ve salir del teatro de Barcelona, dando de gritos, crispada la boca de terror. Durante todo este siglo te has reído de tus deberes, de Dios, de tus responsabilidades; te encerraste con Epicuro en tu camarín de gardenias para saborear la carne del pobre y las lágrimas de la Iglesia; te encerraste con Voltaire en el gabinete dorado de tu hipocresía, para saborear el epigrama que se burla de la verdad y del sufrimiento; ahora se encierra contigo Ravachol, el de las uñas de tigre, el de los colmillos de león, el de las entrañas de pantera para destrozarte y devorarte.

¿Quién te defenderá?

La ley está enferma, el Estado muy débil, Dios muy

indignado.

Vuelve los ojos á las prisiones del gran Pontifice. Sólo el cristianismo puede salvarte; el cristianismo irradiado por ti, "luz de los cielos."

¡Que no te eclipse ¡oh astro! el Dios de las naciones.

que no te lleve aún al ocaso de la tumba!

Los grandes de la sabiduría, el eminente tribuno español que acaba de postrarse á tus plantas, reclaman tu nombre para este siglo. ¡Ah, no! Tú eres más grande que él; tú, para saludarte con la frase de San Pablo á los Efesios, eres "un Poema de Dios."

¡Bendito seas!